

**“... Gran cosa es el buen exemplo que muebe
con mucha facilidad...”**
Lecturas ejemplares novohispanas del siglo XVII

Emma Rivas

Introducción

De la producción bibliográfica mexicana del siglo XVII, estimada aproximadamente en 1740¹ títulos, casi el 15 por ciento corresponde a obras hagiográficas. Es a este tipo de literatura, es decir, la que se refiere a la vida de los santos y a su largo proceso de canonización,² a la que nos referiremos en esta ocasión. En especial, trataremos a una parte de ella, concretamente a las obras sobre la vida de religiosas y religiosos. No incluiremos las obras de mariología y cristología, que constituirían, por su amplitud, un tema aparte.

El objetivo de las hagiografías fue resaltar las virtudes de la perfección cristiana; estas obras fueron consideradas ejemplares porque relataban las vidas que llevaron “íclitos mártires” hacia el camino de la perfección y la santidad. Su publicación obedecía a la “necesidad de presentar ejemplos dignos de emulación y de justificar mediante ellos la existencia de las instituciones”.³ Las hagiografías constituyeron asimismo una posibilidad para fortalecer las instituciones eclesiásticas.

El siglo XVII, considerado sobre todo en su segunda mitad como la culminación del barroco, fue una época de contrastes en que prevalecía, señala Irving Leonard, un neoescolasticismo decadente, imperaba el pesimismo, la amargura y el desengaño. Por un lado, se

presenciaba el misticismo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, pero por otro la laxitud en algunos conventos era manifiesta; por su parte, en la literatura se producían escritos de “exuberante follaje que ahogó muchos frutos de la verdadera inspiración...” Fue una época “en la que Dios era el pensamiento dominante de los hombres...”,⁴ lo cual se hizo patente en la producción tipográfica.

Su literatura con una temática predominantemente religiosa sirvió de instrumento a instituciones como la Corona y la Iglesia para preservar los principios de la doctrina cristiana y de la fe católica. Obras como catecismos, doctrinas, cartillas, manuales de confesión y para administrar los santos sacramentos, misales, actas de concilios, crónicas religiosas, sermones, constituciones de órdenes religiosas, de cofradías, autos de fe, cartas pastorales y hagiografías, entre otras, constituían el mayor porcentaje de las impresiones; sin faltar, por ello, obras sobre minería, medicina, cosmografía, agricultura y de otros temas no religiosos.

Dentro de este amplio acervo tipográfico del siglo XVII novohispano, llama la atención el número considerable de más de doscientas hagiografías que se localizaron en distintos repertorios bibliográficos. La profusión de este tipo de obras constituye un indicativo del volumen de su demanda y evidencia la efectividad

de la difusión de las obras en favor de los intereses eclesiásticos. El periodo de mayor producción tipográfica fue la segunda mitad del siglo XVII.

Ahora bien, ¿cuál fue la razón de la profusión de este tipo de obras?, ¿quiénes las escribían?, ¿quiénes eran objeto de ellas?, ¿quiénes las leían?, ¿cuáles eran sus características?, ¿qué difusión tenían? A través del estudio de este tipo de impresos trataremos de dar respuesta a algunas de estas interrogantes, así como de acercarnos al mundo de los impresores, de los libreros y, en general, al mundo del libro como un camino alternativo para abordar aspectos de la vida social, cultural y religiosa del México colonial.

Quisiera, antes de entrar de lleno al tema, hacer algunos señalamientos. La base del presente trabajo son los repertorios bibliográficos mexicanos existentes para el siglo XVII, de los cuales se seleccionaron, a partir de sus títulos, más de doscientas obras referentes a la vida de religiosos y religiosas. Para un estudio más detallado se está trabajando, con una muestra de diez hagiografías, cada una merecedora de estudios por separado debido a la cantidad de información que encierran. Asimismo, se consultaron documentos de archivos, como memorias de libros y notificaciones a libreros, así como bibliografía especializada. Por ahora, la selección de obras contempla únicamente las escritas en español y, por supuesto, impresas en la Nueva España; la mayor parte de ellas en la ciudad de México y en Puebla de los Angeles.

En una primera agrupación se clasificaron como colectivos los impresos que narran las vidas de varios religiosos, como las crónicas y menologios, y se clasificaron como individuales los que relatan la vida de un solo personaje que son la mayoría, como los sermones, elogios, etcétera. También ha sido utilizado el modelo propuesto por Antonio Rubial para considerar, en primer lugar, las obras que relatan la vida de monjas o religiosas y resaltan las virtudes del biografiado, y en segundo lugar, las que, además de relatar la vida de los personajes, enfatizan los milagros que se les adjudican.⁶ La combinación de estos elemen-

tos, llamémosles de contenido, con elementos externos de las obras y su comparación con otros textos —como son sermones, exequias o, inclusive, libros prohibidos—, nos permite delinear un primer perfil de las obras y apreciar los testimonios que éstas nos ofrecen.

De los autores

Los autores de las hagiografías fueron, por lo general, religiosos (hombres); sólo una mínima parte no eran eclesiásticos y muy pocos eran autores anónimos. De la muestra hagiográfica analizada, ocho autores pertenecían al clero regular: agustinos, jesuitas, dominicos, dieguinos y franciscanos, y dos eran presbíteros, uno de Puebla y otro de la ciudad de México. Destaca el que no apareciera ninguna mujer como autora, al menos en las hagiografías publicadas. Las razones pueden ser varias: una, como señala Manuel Ramos, es que las religiosas sí escribían, pero “por obediencia del prelado o de los padres de la orden del Carmen redactaban las crónicas del convento. No eran obras pensadas para su publicación, ni menos que manos ajenas las pudieran manejar”.⁶ Las entregaban a los religiosos o al cronista de la orden, quien a su vez elaboraba la crónica de la fundación.

Pero las monjas no sólo escribían por mandato de los religiosos cronistas, sino también por verdadera vocación literaria, como apunta la doctora Muriel. En realidad hubo varias mujeres cronistas de sus respectivas órdenes; sólo en el siglo XVII destacaron Sor Inés de la Cruz,⁷ Sor Francisca de la Natividad, Sor Luisa de Nicolás, Sor Juana de Jesús María, Sor Teresa de Jesús, Sor Antonia de la Madre de Dios, por mencionar algunas. Colaboraban a la vez con sus propios biógrafos como fue el caso de Carlos de Sigüenza y Góngora, que escribió *Parayso Occidental*⁸ con la ayuda de Sor Petronila de San José, abadesa del Real Convento de Jesús María, quien a la vez recurrió a los escritos que las religiosas le proporcionaron, así como a las pláticas que sostenía con ellas, como fue con Sor Juana Inés de la

Cruz.⁹ Sobre esta obra volveremos más adelante.

Otra situación que explica el que no se registren monjas como autoras, es la educación de las mujeres en Nueva España, porque si bien en algunos conventos no se aceptaba el ingreso de analfabetas, no todas las religiosas tenían una sólida preparación.¹⁰ Una razón más por la que las monjas no figuraban como autoras es que preferían quedar en el anonimato como muestra de humildad. Esto no significa que no hubiera autores que escribieran hagiografías para obtener renombre, canongías o halagar a cierto personaje, como podría ser un superior o patrono. Posiblemente éstas eran las intenciones de fray Nicolás Ponce de León, que escribió *Historia de la singular vida de el venerable hermano Fr. Cristoval de Molina*,¹¹ quien la dedicó, a lo largo de quince páginas, a Diego de Andrada y Peralta, "alcalde ordinario que ha sido de esta nobilísima República y muy leal Ciudad de Puebla". Curiosamente este último personaje era también sobrino del biografiado.

En otras ocasiones, los autores dedicaban sus escritos a los monarcas españoles y de esta manera mostraban su lealtad o la ofrecían a alguna virgen o santo, o bien a la Juventud Mexicana. Este último fue el caso del padre jesuita Joseph Vidal con su *Vida exemplar, muerte santa y regocijada de el Angelical Hermano Miguel de Omaña*,¹² cuya "ajustada vida" estuvo al cuidado de su tío el "Señor Doctor Don Joseph de Omaña, Inquisidor meritisimo destos Reynos, que consigo le tenia, y vigilante le cuidaba, y prevenia sus mas felizes progresos en virtud..."¹³

Repetitivo es el hecho de que los autores de las hagiografías fueran confesores de sus biografiados, tanto de religiosas como de religiosos, y además, casi siempre ambos pertenecían a la misma orden. La convivencia tan estrecha que a veces llevaban durante años, la comunión de ideas, la devoción que los unía y la admiración que a los autores les causaban los relatos de sus biografiados, los hacía partícipes de estas vidas virtuosas y ejemplares. Los autores, en muchas ocasiones, además de biógrafos, confesores e intermediarios, eran

fieles intérpretes; posiblemente también eran sus admiradores y seguidores y en su calidad de confesores debieron ejercer cierta influencia en sus biografiados, en especial cuando los orientaban en sus difíciles trances. Ser confesor o Padre Espiritual era una gran responsabilidad; se debía ser persona docta y experimentada.

El padre Joseph Gómez, confesor de la madre Antonia de San Jacinto, apuntaba "que el tratar con personas de heroica virtud es negocio de mucho estudio, gran prudencia, y mas discreción, y [era necesario] no atender a otra cosa, ni divertirse en otra ocupación...";¹⁴ él, para orientar a su confidente, consultaba los Libros Escolásticos, pedía la opinión de otros religiosos y, sobre todo, le pedía a la madre Antonia que "lo dixesse todo con claridad adelantandole yo las palabras a lo que quería decirme..." Los confesores influían en la aceptación del biografiado, contribuyendo a su credibilidad y mitificación.

El papel de biógrafos era determinante, porque con sus narraciones, impregnadas de exaltación, elogio, moralidad, virtuosidad, santidad, perfección y, la mayoría de las veces, de estilo abigarrado, reflejo a su vez del barroco imperante, determinaban la suerte de sus escritos e inclusive de su personaje. Con sus relatos estimulaban a los lectores en la imitación de estas vidas, ya que "buenos exemplos mueben con facilidad", o bien, provocaban la censura de sus escritos, como cuando infringían los decretos de Urbano VIII,¹⁵ los cuales estipulaban que el autor no debía utilizar ningún calificativo como "santidad, santa, milagros, mártir, virgen y reliquias, y otras semejantes", con la intención de validar o autorizar algo, porque esto sólo era atribución de la Iglesia. En cambio, las hagiografías obligatoriamente debían incluir la protesta de los autores, que en pocas palabras decían: "Obedeciendo con todo rendimiento a los decretos de los sumos pontífices y principalmente a los de su Santidad Urbano Octavo [...] ninguna de las cosas que en esta vida refiero [...] tienen hasta ahora autoridad alguna de la Santa Sede Apostólica [...] ni es mi intención calificar en

ninguna manera la persona [...] por Santa o Bienaventurada hasta que la Santa Iglesia lo declare por tal...¹⁶ Cuando esto no se cumplía, la Inquisición actuaba en contra de los escritos e inclusive de los biografiados.

Tal fue el caso de Catarina de San Juan¹⁷ quien no profesó en ningún convento pero que tuvo dos biógrafos. El primero, el jesuita Alonso Ramos, escribió la vida de esta visionaria con interpretaciones tan exageradas y apologéticas que el Santo Oficio prohibió *in totum* la obra tras señalar que contenía “revelaciones, visiones y apariciones inútiles, inverosímiles, llenas de contradicciones y comparaciones impropias, indecentes y temerarias...”¹⁸ Esto le costó la canonización a Catarina de San Juan. En cambio, su segundo biógrafo y confesor durante once años, el bachiller Joseph del Castillo Graxeda, fue más mesurado en su narración e interpretación, y tal vez por lo mismo, más apegado a las doctrinas y más verosímil en su relato.

Este no fue el único caso en que dos autores escribieron acerca de un mismo personaje, otro fue el de fray Francisco Moreno, que escribió un *Sermón funeral del obispo de Santa Cruz*.¹⁹ En el mismo año de 1699 se imprimió otro sermón funeral dedicado a este obispo, en el que su autor, Ignacio Torres,²⁰ elogiaba pasajes de su vida. Para mayor coincidencia los dos impresos poblanos salieron de las prensas de los Herederos de Juan de Villa Real.²¹

De los biografiados

Por lo que toca a los biografiados, éstos pertenecen a distintas órdenes y son de diversos orígenes; indios, criollos o peninsulares avecindados en Nueva España, como Isabel de la Encarnación, monja criolla de la orden de las carmelitas descalzas, Antonia de San Jacinto, monja profesa del convento de Santa Clara, Francisca de Miguel, india carmelita descalza; María de San Juan, negra, carmelita descalza; Miguel de Omaña, jesuita nacido en Cádiz y avecindado en la Nueva España, y fray Cristóval de Molina, religioso lego de la orden

de San Agustín, por mencionar sólo algunos. En general se publicaron más vidas de hombres que de mujeres, en una proporción de 70 por ciento a 30 por ciento respectivamente. Sin embargo, esto no significa que se haya escrito más sobre religiosos, porque, como ya se mencionó, no se publicaron todas las biografías que se escribieron sobre mujeres y por mujeres.

Un elemento social que está presente en las hagiografías es el origen de los biografiados; el criollismo fue un motivo de divisiones y envidias entre algunas religiosas, las cuales lo manifestaban a través de sus relatos. Tal situación se dio en el Convento de Jesús María de México: “Creado esencialmente por criollas, hijas de conquistadores, albergaba también españolas que habían llegado desde la península ibérica y en esa convivencia surgieron los problemas, pues al ser mayoría las mexicanas, desdeñaban por una diferencia socioeconómica a las recién llegadas...”²² De ahí salieron la madre Mariana de la Encarnación, criolla, e Inés de la Cruz, española que no admitía del todo la presencia criolla más que la de su compañera de ideas. Sus lecturas de las obras de Santa Teresa de Avila impulsaron a estas monjas a convertirse en fundadoras del Convento de Carmelitas Descalzas, con la idea de llevar una vida realmente contemplativa que no había en el Convento de Jesús María, haciendo caso omiso a los comentarios de otras religiosas en torno a su ambición de gobernar el convento.²³ A la criolla Marina de la Encarnación, le aconsejaban sus compañeras que “dejase a la madre Inés de la Cruz, que era propiedad de gachupinas ser noveleras, amigas de hacer ruido, ambiciosas para ganar fama y que hiciese caso de ellas”.²⁴

Un caso de envidia entre religiosas, que se percibe entre líneas, es el de la madre Antonia de San Jacinto del Convento de Santa Clara de Jesús, a quien sus compañeras calificaban de “hypocrita, pareciendoles, que aquel acto era soberano cuidado”, porque no faltaba al cumplimiento de sus ejercicios aun cuando no estuviera la madre maestra para guiarla. Tal fue su “retiro y recogimiento”, que evitaba encontrarse y saludar a otras religiosas, “llevaba

siempre consigo un librito y por no parecer del todo necia, lo ojeaba primero con disimulo, y tal gracia, que la juzgaban por muy corta de palabras". También se negó por un tiempo a tener trato con sus dos hermanas religiosas quienes por "permission divina se le estrañaban, y retiraron con algún desdén, y olvido: beneficio grande para la madre Antonia, porque solicitaba no entibiarse y resfriarse en el amor de su Esposo por acudir a tratos de personas, que pocas veces aprovechaban..."²⁶ Estas actitudes de la monja su confesor las atribuía al deseo y "sus anzas todas de hacer la voluntad divina, sin atender a lo terreno y humano". La divisiones entre las monjas fue una realidad, justificada "quando la envidia, y alboroto del demonio inquieta los animos de las Religiosas y Preladas con tantas turbaciones, y confusiones, que estaba ya el Convento dividido en vandos..."²⁶

En cuanto a la estructura del contenido de las hagiografías, éstas se pueden dividir, como se mencionó, en colectivas e individuales, tomando en cuenta el número de vidas que refieren. Las hagiografías colectivas, contenidas por lo regular en las crónicas y menologios, son relatos breves. Resaltan las virtudes del biografiado y casi siempre se refieren al periodo de vida que pasa dentro de la comunidad religiosa, sin tomar en cuenta el contexto familiar anterior, ni entrar en mayor detalle. Como se recordará, las crónicas religiosas no sólo contenían menologios sino que además incluían, en su mayoría, una relación de los acontecimientos importantes de la orden, la reseña de su obra evangelizadora, así como de distintos sucesos religiosos, relaciones geográficas, noticias de cofradías, inventario de obras, etcétera. Los menologios, también publicados independientemente de las crónicas, debían ser breves por el número de religiosos que incluían.

Una excepción a la estructura predominante de estas hagiografías colectivas tal vez sea la ya citada obra de Sigüenza y Góngora *Parayso Occidental*, escrito voluminoso compuesto por tres libros, más de 200 hojas. En el primer libro el autor refiere la historia de la fundación

del Convento de Jesús María en México y la fundación del Convento de Carmelitas Descalzas. El segundo lo dedica a la vida de la madre Mariana de la Cruz, desde su "nacimiento y buenos principios" hasta "su muerte y estado en que hoy se hallan sus respetables reliquias", pasando por su niñez, sus matrimonios, la forma como ingresó al convento; refiere las visiones con las que la "favorecía Nuestro Señor", algunas apariciones en que se ve gloriosa, "sus grandes penitencias, su singular abstinencia y pobreza suma"; habla de "la prudencia y don de consejo con que la ilustró el altísimo", del "privilegio que de conocer aún las mas ocultas acciones y pensamientos le concedió Dios Nuestro Señor a su amada Sierva", de los casos milagrosos "que por la intercesión y merecimiento de la V.M. Mariana de la Cruz obró Dios Nuestro Señor", y por último, de su regocijada muerte. Este relato es el más extenso que incluye la obra. Finalmente, en el tercer y último libro, el autor narra, de forma breve, la ejemplar vida de más de diez religiosas del mismo Convento.

Por lo que respecta a las hagiografías individuales, en éstas se relata ampliamente la vida de los religiosos y se hace énfasis en los milagros y hechos sobrenaturales que cuenta el biografiado a su confesor; tratan de un solo personaje, por lo que la extensión de la obra queda a juicio del autor. Sin embargo, se observa que la estructura del relato es comúnmente la misma. En primer lugar, se refieren los antecedentes familiares de buenos y nobles cristianos, siguen las muestras que desde pequeño dio el biografiado de una vida edificante, después, las pruebas a que lo somete Dios para alcanzar el camino de la perfección; posteriormente se habla de sus visiones, revelaciones y emulaciones de pasajes bíblicos, de los *Novísimos*,²⁷ de los profetas, etcétera, y finalmente, sobre su muerte como parte de la vida, porque "la buena o mala vida es prenuncio cierto de una buena o mala muerte..."²⁸ En este sentido existen dos vidas que siguieron caminos muy semejantes, como la de la monja Antonia de San Jacinto, clarisa, y la del jesuita Miguel de Omaña.²⁹

...la virtud á los principios no buela muy alta, y entonces Dios como amorosa madre á fuerza de su gracia la saca del nido de sus temores, y la alienta hasta, que pueda encumbrarse á las alturas de la perfección, y subir sin riesgos, como se verá en este primer Libro, á donde se trata de la infancia, y primeros vuelos de la madre Antonia de San Jacinto, que venció tantos peligros, alentada de la divina gracia, hasta que se encumbró en el cielo del Convento de Santa Clara...³⁰

Antonia de San Jacinto, queretana, monja profesada de velo negro del Convento de Santa Clara (Querétaro), de cuna noble, bautizada, eligió desde pequeña "más ser noble con las virtudes del cielo [...] que no ser grande con las vanidades del mundo". Tomó el hábito Antonia a la edad de 23 años, pero desde los diez años llevaba "una vida espiritual en sus ejercicios, y perseverancia lo puntual, y seguido o bien ordenado en lo interior, y exterior, mas no se puede decir con mas individualidad, que lo escrito; de donde con facilidad se deduce la continuación en los ejercicios [...] frecuencia en sus disciplinas, cuidado en sus vigiliass: rigor en sus ayunos; fervor en su oración, en el tiempo hasta después de la media noche, y con tanto retiro, como si entonces tuviese el riesgo de su vista..."³¹ Seguro estaba su confesor de que así había sido la vida de Antonia porque un hermano de ella "testigo de vista, que cuidadoso asechaba sus acciones", se lo refirió.

"Solo se vive, quando para Dios se sirve, que vivir para el mundo es acabar, y consumir la vida..." Así Antonia consagró su vida a Dios; entre sus virtudes estaba la humildad, la pobreza, la clausura y recogimiento, la obediencia y la castidad, la abstinencia, las mortificaciones y su amor al prójimo. Mas, con "todo no se aquietaba su espíritu; porque como sus meritos le perecian cortos, el premio en sus virtudes mesmas lo juzgaba ninguno, y se culpaba ingrata". Era muy rígida en sus mortificaciones, se aplicaba cilicios en diferentes partes del cuerpo, recorría la Via Crucis con los

codos y las rodillas en el suelo, usaba de almohada un madero, castigaba la carne, golpeaba su cuerpo, se producía llagas, al grado que su confesor le ordenó a Antonia suspender las mortificaciones cuando "se viese agravada y aquejada de sus males".

Por su parte, Miguel de Omaña, originario de Cádiz, también dio muestras, desde la edad de dos años y medio del "regocijo que le causaba ver la Santa Cruz". La piedad de sus padres, el cuidado que ponían en su educación, el buen ejemplo que ellos le daban y el que siempre oraran a Dios por la virtuosidad de su hijo, fue la base de la "ajustada" vida de Miguel. Se destacó por su dedicación al estudio de las letras, pero especialmente al de la virtud y su propia perfección. "Aprovechar en la virtud y en las letras, estudiar juntamente con la ciencia el modo de servir a Dios que es la ciencia verdadera..." era su objetivo.

Miguel, se repetía constantemente: "El que quiera hallarse sin angustias en su muerte y asegurar la eterna felicidad, no ha de ofender a Dios, en vida, no ha de hazer cosa alguna, que sea digna de eterna condenación [...] con este ajustado discurso ceñía su proceder a la razón y regulaba sus acciones por la primera regla que es la voluntad de Dios". Entre sus virtudes estaban la humildad, la pureza, la obediencia, la modestia; era muy devoto, decidió renunciar "al mundo y a sus dignidades" y solicitó su ingreso a la Compañía de Jesús con escasos dieciséis años de edad.

Mientras le resolvían su aceptación, observaba puntualmente las reglas como si en realidad fuera novicio. Se sometía a fuertes castigos, también usaba distintos cilicios, se ponía piedras en los zapatos para lastimarse, tomaba chocolate, pero caliente para quemarse, en su cama colocaba espinas o se dormía en el suelo para dejarles el lecho a sus compañeros, Cristo, la Virgen, San José, San Joaquín o San Miguel, castigaba la vista, el oído, la lengua y las manos, no veía cosas gratas ni mujeres, se proponía no escuchar ni decir cosas vanas, tampoco tocaba a persona alguna. Igualmente castigaba su cuerpo hasta sangrar, ayunaba por muchos días seguidos. Nada era suficiente

para pagar las ofensas a Dios, ni para salvar a su prójimo. Su confesor y Padre Espiritual le prohibía tanta mortificación porque su cuerpo no tenía fuerza. "Sólo se le permitieron mortificaciones que pueden hacer los Novicios, sin pedir licencia particular para ellas."³²

La presencia del demonio en las vidas de estos personajes fue una constante. Los sometía a crueles tentaciones, a visiones eróticas, los golpeaba, sembraba en ellos la confusión. Antonia, por ejemplo, sufría los golpes que aquél le propinaba; en una ocasión quiso poner "los pies en el quicio del choro la repellio el demonio con tal violencia, que vaxó rodando hasta otra puerta [...] á las repetidas bueltas del cuerpo se lastimó vn ojo, que tenía todo lo que le rodeaba la ceja, y por la parte inferior de la nariz tan negro, como vn carbón, y quando llegó a la celda estaba ya sin señal, o mancha alguna; que me lo certificó la donada Nicolasa, que le asistió con mucha charidad, y es persona de verdad", así lo refiere su confesor muy cuidadoso de no caer en exageraciones.

El demonio y Miguel también libraron cruentas batallas; cada vez que éste comulgaba, el demonio "le acometía con un tropel de estos pensamientos inoportunos, que cómo siendo tan malo se atrevía a comulgar?" Con estos cuestionamientos Miguel se sentía confuso y "causaba en él penosos efectos naturales de temblor en todo el cuerpo y cubrirse de un copioso sudor que le dexaba como desmayado, y sin aliento y al tiempo de comulgar era necesario se levantase casi fuera de sí..."³³

Como se señaló antes, una parte importante de los relatos es la mención de las visiones y revelaciones que sufría el biografiado; revelaciones en las que la imaginación jugaba un papel fundamental y la lectura de vidas de santos constituía una fuente de inspiración para ellos. En el caso de la madre Antonia de San Jacinto, "que su modo de contemplar siempre lo tuvo por muy seguro en sus visiones, y que fueron imaginarias solo; pero continuas, y que estaba tan habituada, que luego que se quedaba, porque solo tenía gusto en las cosas de Dios: representabasele su divina Magestad en diversas imagenes, ya gloriosas, ya

tiernas de su Santissima Passion, y eran ya por lo glorioso, ya por lo passible tan vivas, que no halló modo para explicarlas..."³⁴ La visión de Jesús de Nazareno que estaba siempre "en su viva imaginación" la acompañó hasta el último minuto de su vida.

Miguel, en cambio, nunca tuvo revelaciones, aseguraba su confesor que "Havia algunos prenuncios [...] (porque como he dicho nunca tuvo revelaciones ni fue por ese camino ariesgado sino por el camino de una virtud muy realzada con estos ejercicios comunes de la Compañía que a todos es tan facil exercitarlos) hubo pues prenuncios de providencia especial de Dios, que el hermano Miguel padecería..."³⁵ como fue el anticipar su ingreso a la Compañía de Jesús, aunque el medio para ello fuera sufrir de tabardillo.³⁶ Efectivamente, su presagio fue acertado, al ver que se moría de tabardillo lo aceptaron como novicio de la Compañía de Jesús.

"Y como la muerte es reclamo de la vida", en la parte final del relato de estas vidas vienen aparejados la enfermedad, la muerte y los milagros. Reiteradamente en este trance, como a lo largo de toda la vida, se hace hincapié en las virtudes del biografiado y de la conveniencia de imitar su ejemplo; seguir el camino de Dios, como única forma de salvación para el alma, porque "No hay más que Dios, cuya vista hace bienaventuradas las almas".

Prototipos de vidas santas fueron las que guiaron a Miguel de Omaña y lo llevaron a buen fin, "cuidó tanto de que fuese ajustada, y Santa su vida, quien duda que su enfermedad, y su muerte avia de ser efecto, y fruto santo de su ajustada vida?" Su Padre Espiritual, que lo acompañó hasta el último momento, refería la semejanza entre el desenlace de la vida del hermano Miguel y la del "Angelical hermano Juan Berchmans: a quien quitaba la vida la material calentura de su achaque, pero le ayudaba, y mucho el encendido fuego del amor divino, que tenía reconcentrado en el alma el qual le obligaba a prorrumpir en canticos, y alabanzas a Dios, y a la Santissima Virgen..."³⁷ Su muerte fue muy sentida no sólo por la comunidad religiosa. A pesar de que murió de

enfermedad sumamente contagiosa, su cuerpo maltratado no causaba horror ni mal olor, "antes los recreaba con una suave fragancia".

La muerte de la madre Antonia de San Jacinto siguió la misma secuencia que la del hermano Miguel. Padecimiento de enfermedad y "dichosa muerte" gracias a "Dios por aver comunicado constancia, fortaleza, perseverancia, y las demas virtudes, y auxilios a esta Venerable Madre para cantar al fin la victoria". Después de su muerte surgieron relatos sobre personas que curaron sus propios padecimientos usando reliquias de la monja.

De los lectores

Ahora bien, ¿a quiénes podían servir estas vidas ejemplares?, ¿quiénes las leían?, ¿qué difusión tenían? Tanto los autores de las vidas de religiosos como los propios biografiados fueron lectores de obras edificantes. Una fuente de inspiración, para unos y otros, fue la lectura de vidas de santos. Para los autores eran instrumento eficaz en la interpretación de las visiones de sus confidentes. Para los biografiados constituían un medio para consolar al prójimo y para inspirar sus revelaciones y visiones.

Empero, entre los lectores de las hagiografías se encontraban, además de religiosos, legos; esas lecturas estaban dirigidas a todo tipo de público, letrado o no, porque el que no las leía, las escuchaba. Eran escritos en los que estaban cuidadosamente plasmados los principios de la doctrina cristiana. No había nada en ellos que contraviniera la moral y la fe; al contrario, las narraciones eran continuas paráfrasis de pasajes bíblicos, de los Sacramentos, de los Profetas; no faltaba, sin embargo, la dulzura en los relatos, que, seguramente, era del gusto de los lectores.

La producción de estas obras complacía ciertamente a la Iglesia porque constituían una forma de normar la vida de los individuos. Por ello, para fomentar estas lecturas concedían indulgencias a sus lectores, de todo o

parte del libro. Un ejemplo es la obra titulada *Epílogo métrico de la vida... [de] Fr. Sebastian de Aparicio...* por cuya lectura se concedían cuarenta días de indulgencia.³⁸

Esta especie de retroalimentación de "buenos ejemplos mueben con facilidad", fue una determinante en la vida de Miguel de Omaña, quien constantemente leía "vidas de santos y varones ilustres". La lectura de la vida de San Ignacio le estimulaba a imitarlo y seguirlo "aunque con pasos de niño". Leía para sí los libros de los *Novísimos*; en una ocasión para "una persona fácil en cometer pecados graves [...] empezó a leer los horrores del juicio de Dios, y las terribles penas del infierno, con que castiga á los pecadores rebeldes que desprecian sus avisos. Leyó estas materias con tanto fervor y espíritu; que si los primeros medios parece fueron sin efecto, este fue tan eficaz, que concibió tal temor de la divina justicia, que se evitó del todo aquella ofensa de Dios".³⁹ Al Padre Joseph Gómez le fue de gran utilidad la lectura de la *Vida de Sor Jerónima de la Asunción*,⁴⁰ escrita por el padre Letona, para interpretar algunas visiones que tuvo la madre Antonia de San Jacinto. No importó que esta obra hubiese sido impresa casi treinta años antes, pues los conceptos vertidos en ella por los jesuitas seguían siendo vigentes. Fueron los autores y biografiados, protagonistas a la vez que público de estas obras.

Los conventos fueron un lugar privilegiado para la lectura de las hagiografías, la cual se llevaba a cabo en comunidad o individualmente. Podían ser también lecturas obligadas o recreativas. Un testimonio de lecturas en comunidad se encuentra en un relato sobre la vida conventual: "En lo mas del comun deste santo Convento (de Santa Clara de Jesús), en que se lee todas las noches en el choro alguna vida de Santo o de personas que han muerto con opinión de Santidad, si entre sus virtudes ay alguna compatible al estado de Religiosa..."⁴¹ De la misma forma, en el convento de San José de Carmelitas Descalzas se leían hagiografías. La religiosa que ocupaba el cargo de lectora "tenía la obligación de leer en medio del coro y de rodillas una meditación

que ayudara a la imaginación y a la disponibilidad [...] Variaban las meditaciones leídas. Por las mañanas se leían pasajes de la pasión de Cristo y por la tarde de los *Novísimos*. En las fiestas de Cristo o de la Virgen María se leían pasajes de sus vidas...⁴²

También los inventarios de bibliotecas conventuales ofrecen testimonios de su lectura. Así, en el acervo de la biblioteca del Convento de las Carmelitas había "libros piadosos, ediciones de los escritos de los padres fundadores, constituciones, reglas del Carmelo, vidas de santos, ceremoniales, etcétera..."⁴³, para la consulta de las monjas.

Acerca de las lecturas individuales se sabe que los religiosos leían vidas de santos en el recogimiento de sus celdas. En la austeridad de sus aposentos, conservaban si acaso un librito de oraciones o de vidas de santos. El hermano Miguel, por ejemplo, llevaba siempre en la faltriquera un libro de los *Novísimos*.⁴⁴

Relativo a otro tipo de lectores, existe testimonio de personas civiles, letradas, que gustaban de leer hagiografías y que conservaban en sus bibliotecas varias de ellas, además, claro está, de libros diversos, entre los que se encontraban ocasionalmente obras profanas. Cabe recordar aquí el papel que tenía la Inquisición de México de evitar la circulación de obras profanas, para lo cual se basaba, principalmente, en los Índices de libros prohibidos publicados en España. Durante el siglo XVII se publicaron tres: en 1612, 1632 y en 1640.⁴⁵ El Santo Oficio solicitaba periódicamente a los libreros y a particulares una memoria de los libros en su poder para confirmar que no tuvieran ninguno de los enlistados en los Índices o en su defecto, para cerciorarse de que estuvieran enmendados aquellos que lo requerían. Por ahora, sólo interesa resaltar que gracias a estas listas se tiene noticia de algunos poseedores de hagiografías. Entre éstos estaba Juan de Oviedo y Córdoba, vecino de la ciudad de México. En 1660, presentó al Santo Oficio memoria de 415 libros que había recibido de España, entre los cuales se encontraban más de diez hagiografías: la vida del padre Alonso Orozco, del ermitaño Gregorio López, de fray

Juan de la Cruz, y varios más.⁴⁶ Otra persona llamada Alonso de Herrera, en el año de 1619, manifestó al Santo Oficio que tenía 187 libros; de ellos, seis eran hagiografías.⁴⁷

También en la biblioteca del licenciado Manuel Correa había hagiografías. En 1621, Pablo Valenciano Mendiola le trajo de Perú la *Vida de Santa Juana de la Cruz, de San Nicolás Tolentino y de Santa Francisca Romano*.⁴⁸ No se puede dejar de mencionar la famosa biblioteca de Melchor Pérez de Soto, incautada por la Inquisición en 1655, compuesta en una tercera parte por literatura religiosa, incluidas obras de Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz; indudablemente incluía alguna hagiografía.

De la impresión y circulación de las obras

Por estas memorias de libros se sabe de algunos libreros que vendían hagiografías. Uno de ellos, Juan Lorenzo Bezón, asistente en la librería de Agustín de Santiesteban, vendió entre agosto y septiembre de 1655 ocho obras sobre vidas de religiosos. La familia Calderón, impresores y libreros, acaparó la impresión y venta de hagiografías. En la librería de Paula de Benavides, viuda de Bernardo Calderón, se encontraban, en 1655, veintiocho obras, y en 1660 tenía treinta hagiografías a la disposición de su clientela. Por su parte, María Benavides y Francisco Rivera de Calderón, herederos de la viuda de Calderón, vendían en 1689 cinco vidas de santos y una en el año 1692.

Hipólito Ribera, "impresor y mercader de libros en el Empedradillo", en 1655 podía ofrecer a sus clientes una variedad de catorce hagiografías. Un poco menos tenía, en 1660, Juan Rivera, quien enlistaba ocho títulos. Igual número se podía adquirir en la librería de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, "en la puente de Palacio", en el año de 1685. En la librería de Agustín de Santiesteban y Vértiz, mercader de libros, no faltaban tampoco las hagiografías; en 1655 se podía escoger entre diez obras y entre una variedad de doce en el año 1660. No importaba en qué condiciones

estuvieran las obras, incompletas o maltratadas, los libreros las anunciaban. Posiblemente había otros mercaderes de libros que vendían literatura hagiográfica, pero, por el momento, sólo se tiene noticia de estos siete.

Un dato interesante, que aporta elementos en el renglón de circulación de las obras, es el hecho de venderse en distintas librerías la misma obra. Así, se tiene que la *Vida del padre Luis de la Puente*, escrita por el padre Francisco Gachupín,⁴⁹ se encontraba en la librería de la viuda de Calderón en la calle de San Agustín, o bien, se podía acudir con Juan Lorenzo Bezón, quien la vendía en la librería de Santiesteban.

Saber que existían hagiografías en las librerías, aun años después de su impresión, o que de algunas se hacían distintas ediciones es otro indicio a seguir en la circulación de las obras. Un ejemplo es la famosa obra del padre Francisco Losa, primer capellán del Convento de San José en México, sobre la vida del "siervo de Dios Gregorio López",⁵⁰ ermitaño, con quien vivió el autor en el pueblo de Santa Fe. La obra se imprimió en México por Juan Ruiz en 1613 y con seguridad circuló ampliamente, pues aún en 1655 se podía adquirir con Juan Lorenzo Bezón. Cinco años más tarde, curiosamente, el señor Juan de Oviedo y Córdoba, citado anteriormente como poseedor de hagiografías, recibió un ejemplar de esta obra en un voluminoso envío de libros proveniente de España, tal vez porque en México se encontraba agotada la obra.

Por otra parte, en 1655 la viuda de Calderón vendía otra biografía de Gregorio López escrita por el licenciado Luis Muñoz. Más tarde, la tan solicitada vida de Gregorio López fue impresa en 1663 por el mismo Juan Ruiz, sólo que esta vez en la versión de Ambrosio de Solís.⁵¹ Entre otros casos de ediciones simultáneas está el de la vida de la monja española Catarina de Erauso, que se imprimió dos veces en el mismo año pero por distintos impresores: Hipólito de Ribera y la viuda de Calderón.

Ya antes nos hemos referido a la importancia de estas hagiografías en el total de la producción bibliográfica mexicana del siglo

XVII. La base inicial de esta aseveración es el considerable número de obras impresas sobre religiosas y religiosos a lo largo del siglo, especialmente en la segunda mitad. Se dijo que, gracias a la información que contienen estas obras, es posible abordar diversos aspectos de la historia del libro. El tema de los impresores es uno de ellos. No obstante lo mucho que hay por decir, sólo mencionaremos que se estima una cifra mayor de treinta impresores establecidos en la ciudad de México durante el siglo XVII, de los cuales más de veinte imprimieron hagiografías.

Entre ellos se distinguió la familia de Bernardo Calderón. El imprimió cuatro hagiografías; su viuda, sólo en el año de 1650, imprimió treinta y siete. En 1688 se imprimió la *Vida de fray Bernardo Rodríguez Lupercio...* escrita por fray Balthasar de Medina,⁵² en la imprenta de la viuda de Calderón. De las prensas de sus herederos salieron diez obras. Irving Leonard atribuye el éxito de los Calderón como impresores y libreros a que "sus seis hijos recibieran las órdenes sagradas, lo cual hizo de la Iglesia un cliente importante..."⁵³ Esto marcó la especialidad de la familia en impresiones religiosas.

Le siguieron en productividad, Francisco Rodríguez Lupercio y su viuda, Gerónima Delgado, con veinticuatro impresiones. Posiblemente el hecho de que en la familia también hubiera eclesiásticos repercutió en la línea de sus impresiones. Entre otros impresores destacados están Juan Ruiz y sus herederos, de cuyas prensas salieron trece obras. Juan de Rivera, mercader de libros, aparece con once impresiones. Juan José Guillena Carrascoso imprimió diez hagiografías. Les siguen otros con menor número de impresiones hagiográficas: Hipólito Ribera, impresor y mercader de libros; Francisco Sálbago, impresor y librero; Diego López Dávalos; Juan de Alcázar, bachiller; Agustín de Santiesteban, también mercader de libros y varios más.

Se sabe de algunas impresiones poblanas de obras hagiográficas. La viuda de Juan de Borja y Gandía imprimió cuatro obras. Los herederos del capitán Juan Villarreal, tres, y en 1654

Juan de Borja e Infante, hijo de Juan de Borja, imprimió una.

Diego Fernández de León se destacó como impresor y fundidor de tipos; fue propietario de una de las imprentas mejor equipadas en Puebla; el padre Alonso Ramos se lo llevó, por un tiempo, a la Casa Profesa de la Compañía de Jesús en México para que ahí imprimiera su obra sobre la vida de Catarina de San Juan. Entre 1684 y 1692 Fernández de León imprimió once hagiografías.⁵⁴

En suma, se puede decir que la profusión de obras hagiográficas obedeció principalmente a los intereses de las instituciones eclesiásticas de contar con un instrumento útil para influir en el pensamiento de los individuos, empezando por los eclesiásticos, quienes se encargaban de escribir las obras y para quienes en ocasiones eran lecturas obligatorias. En segundo lugar, esta abundancia se debió a que las obras constituían una literatura atractiva para los lectores, pues eran narraciones ilustrativas, amenas y sugestivas, factibles de permanecer en la memoria de los lectores, más allá del aparato teológico utilizado por los autores. Todos los relatos siguen un mismo modelo en las dos variantes de contenido ya mencionadas. El discurso edificante implícito en ellas insiste en presentar prototipos de vida ejemplar accesibles para quienes, ante todo, estuvieran apegados a la doctrina cristiana sin importar la edad del individuo. Finalmente, las muchas ediciones se debieron a la conveniencia para los impresores y mercaderes de libros de imprimir y comercializar las obras demandadas por una clientela, principalmente eclesiástica, lo cual hacía redituable la edición.

El objetivo central de las obras de contribuir a la santificación de los biografiados no se cumplió, ya que ninguno de los personajes de las obras seleccionadas fue canonizado; pero sí se cumplió el de difundir los modelos de conducta predicados por la Iglesia. Los conceptos doctrinales cambiaban, no así el criterio de los individuos en turno que los interpretaban, según lo sugieren los casos de Catarina de San

Juan y de Teresa de Jesús,⁵⁵ quienes después de haber sido consideradas como santas, de la primera se prohibió una de sus biografías y la segunda fue procesada por el Santo Oficio.

La demanda, edición y circulación de estas obras es evidencia de que cumplieron entonces, cuando menos en parte, su cometido. Ahora cumplen con otra función. A través de ellas pudimos observar que la mayoría de los autores fueron eclesiásticos; muchas veces, confesores de los biografiados y personas letradas; en ocasiones autores de varias obras. Por otra parte, es notoria la ausencia de mujeres como autoras, por lo que en los conceptos de perfección y santidad difundidos prevaleció la óptica masculina. Esto no quiere decir, como ya se vio, que no hayan existido mujeres escritoras.

Los largos títulos de las obras, característicos de la época, constituyen un indicador "fiel de un contenido",⁵⁶ especialmente cuando se trata de obras ya desaparecidas y cuando lo único que se tiene es la descripción bibliográfica. Estos títulos nos proporcionaron información sobre la identidad de los autores y de los biografiados: cargo, orden y grado, así como de las autoridades eclesiásticas o civiles a quienes dedicaban sus obras. De igual forma, los datos contenidos en el pie de imprenta, parte de la llamada "bibliografía física" del libro, nos permitieron establecer la nómina de impresores de obras hagiográficas durante el siglo XVII y obtener datos acerca del funcionamiento de los talleres tipográficos. Se observa que el periodo de mayor producción de estas obras fue durante la segunda mitad del siglo, especialmente entre 1680 y 1689. Durante los siglos XVI y XVIII también se registran hagiografías pero en menor número; la literatura religiosa, sobre todo después del primer tercio del siglo XVIII, es reemplazada por las obras científicas y artísticas.⁵⁷

Por el contenido se tiene noticia también de muchos acontecimientos religiosos relatados por los clérigos en las crónicas, como la ordenación de los religiosos y festividades de los santos, fenómenos sociales como las divisiones en los conventos a causa del origen étnico de las monjas, y las modas literarias que prevale-

cían en la Nueva España, por mencionar algunos aspectos.

Hemos presentado aquí algunos resultados de nuestras indagaciones sobre las obras hagiográficas a partir de los títulos de los impresos y de una aproximación a sus contenidos, conscientes de que falta aún profundizar en estos aspectos y abordar otros, como es la censura o la comparación de estas obras con otro tipo de lecturas. Se trata así de extender y conocer

el abanico tipográfico religioso del siglo XVII.

...juntó Dios un tomo a estos dos libros, para que el hombre lea y aprehenda. Leamos por fuera, y dentro este libro de Dios en la madre Antonia, y hallaremos grandezas del Autor divino, á quien doy gracias por aver llegado al fin de esta prodigiosa vida; que si no parece tal, es por ser mi estilo, no como debía, si como he podido...⁶⁸

Notas

¹ Para obtener esta cifra las fuentes que se utilizaron son: José Toribio Medina, *La imprenta en México, 1536-1821*, 8 vols., ed. facs., México, UNAM, 1989; Francisco González de Cossío, *La imprenta en México (1553-1820) 510 adiciones a la obra de José Toribio Medina* (en homenaje al primer centenario de su nacimiento), México, UNAM, 1952; *100 adiciones a la obra de D. J.T. Medina*, prólogo A. Millares Carlo, México, Antigua Librería Robredo de J. Porrúa e hijos, 1947; *40 adiciones a la obra de J.T. Medina*, México, UNAM, 1987.

² Cfr. Royston Pike E., *Diccionario de religiones*, México, FCE, 1966; *La Grande Encyclopédie*, Paris, Lamirault, vol. 19, p. 719; *Grijalbo Diccionario Enciclopédico*, México, Grijalbo, 1986.

³ Josefina Muriel, *Cultura femenina novohispana*, México, UNAM, 1982, p. 499.

⁴ Irving A. Leonard, *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1974, pp. 48-57 y 90.

⁵ Antonio Rubial García, "Los santos milagrosos y malogrados de la Nueva España", ponencia presentada en el Congreso *Las Manifestaciones Religiosas en el Mundo Colonial Americano*, celebrado en Tlaxcala, del 1.º al 5 de abril de 1991.

⁶ Manuel Ramos Medina, *Imagen de santidad en un mundo profano. Historia de una fundación*, México, UIA, 1990, p. 154.

⁷ Monja española de la orden de Carmelitas Descalzas.

⁸ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Parayso Occidental, plantado y cultivado por la liberal benéfica mano de los muy católicos y poderosos reyes de España nuestros señores en su magnífico Real Convento de Jesús María de México: de cuya fundación, y progresos y de las prodigiosas maravillas y virtudes, con que exalando olor suave de perfección florecieron en su clausura la V.M. Marina de la Cruz y otras exemplarísimas religiosas*, México, Juan de Ribera, impresor y mercader de libros, 1684.

⁹ Muriel, *op. cit.*, pp. 45-46.

¹⁰ Sobre este tema ver Josefina Muriel, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Ed. Santiago, 1946; *Los recogimientos de mujeres. Respuestas a una problemática social novohispana*, México, UNAM, 1974; *La*

vida conventual femenina en la Nueva España, México, IEDH Claustro de Sor Juana, 1982.

¹¹ Fray Nicolás Ponce de León, *Historia de la singular vida, de el venerable hermano fray Cristoval de Molina Religioso lego de la orden de N.P.S. Agustín. Hijo de el Ilustrissimo Convento de Nuestra Señora de Gracia de la misma Orden: de la Ciudad de Puebla de los Angeles donde recibio el habito, y murio...*, Puebla de los Angeles, Diego Fernández de León, 1686, [18] 117 [15] h. illus. en 4o.

¹² Padre Joseph Vidal, *Vida exemplar, muerte santa, y regocijada de el Angelical Hermano Miguel de Omaña, de la Compañía de JESVS, en la provincia de Nueva España*. Dispuesta por el P. Joseph Vidal su Confessor de la misma Compañía. Para común edificación y singular consuelo de los que en este Reyno le conocieron y trataron. Dedicada a la vtilidad de la Iubentud Mexicana, que por cursar nuestros estudios le comunicó de cerca, y fue testigo ocular de sus heroicas virtudes. Sácala a luz El Br. D. Diego Pardo, y Aguiar, Presbytero, Notario de sequestros de el Santo Oficio de México, México, por Juan de Ribera, 1682. Texto: 30 capitulos, desde la 1 a la 72, en 4o.

¹³ *Ibidem*, Dedicatoria..., s.p.

¹⁴ Joseph Gómez, *Vida de la venerable madre Antonia de San Jacinto. Monja profesada de velo negro, hija del Real y Religiosissimo Convento de Santa Clara de Jesús de la Ciudad de Santiago de Querétaro*, México, Imprenta de Antuerpia de los Herederos de la Viuda de Calderón, 1689, f. 16.

¹⁵ Los decretos fueron despachados el 13 de marzo de 1625, el 5 de junio de 1631 y el 26 de agosto de 1640. Durante su pontificado (1623-1644), fue perseguido Galileo, se condenó la doctrina jansenista y se "escribieron obras para probar que los Papas tenían el poder de destronar á los reyes, no sólo por causa de herejía..." Ver *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, Barcelona, Montaner y Simón editores, 1897, t. 21, pp. 904-905.

¹⁶ Fray Pedro Salguero, *Vida del venerable P. y exemplarissimo varon, el M.F. Diego Basalenque provincial que fue de la provincia de San Nicolás de Michoacán, de la orden de N.P. San Agustín*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1664, Protesta del autor, s.p.

¹⁷ Si bien las hagiografías seleccionadas se refieren a vida de religiosos, el caso de Catarina de San Juan que no fue monja —sino que se le ha calificado como visionaria y por algunos casi santa—, es interesante porque sigue el mismo modelo de las hagiografías.

¹⁸ Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan, princesa de la India o visionaria de Puebla*, México, CNCA, 1990, p. 116.

¹⁹ Fray Francisco Moreno, *Sermón funeral del obispo Santa Cruz*. Su autor, Fr. Francisco Moreno, [Puebla], Impreso por los Herederos de Villa Real, 1699, en 4o.

²⁰ Ignacio Torres, *Sermón funeral del obispo Santa Cruz*. Su autor Dr. Ignacio Torres, [Puebla], Impreso por los Herederos de Villa Real, 1699, en 4o. Este impreso se localiza en la Biblioteca de Conduex.

²¹ Se tienen registradas tres hagiografías publicadas por los herederos del capitán Villarreal, quien en 1695 compró a Diego Fernández de León su imprenta; la trabajó sólo por dos años y a su muerte le sucedieron sus herederos. Su establecimiento estuvo en el Portal de las Flores y en el Colegio del Espíritu Santo de la Compañía de Jesús, en Puebla. Cfr. José Toribio Medina, *La imprenta en la Puebla de los Angeles*, ed. facs., México, UNAM, 1991, pp. XXX-XXXI. Francisco Pérez Salazar, *Los impresores de Puebla en la época colonial*, Puebla, Secretaría de Cultura, 1987, pp. 39-44.

²² Manuel Ramos Medina, *op. cit.*, p. 48.

²³ *Ibidem*, pp. 51-54.

²⁴ *Ibidem*, p. 56.

²⁵ Joseph Gómez, *op. cit.*, f. 40.

²⁶ *Ibidem*, f. 10.

²⁷ Se refiere a vidas de santos. Las cosas últimas que aguardan al hombre: la muerte, el juicio final y el infierno, *Diccionario de Religiones*.

²⁸ Joseph Vidal, *op. cit.*, s.p.

²⁹ *Ibid.*, y Joseph Gómez, *op. cit.*

³⁰ Joseph Gómez, *op. cit.*, f. 8.

³¹ *Ibid.*

³² Joseph Vidal, *op. cit.*, f. 47.

³³ *Ibidem*, f. 61.

³⁴ Joseph Gómez, *op. cit.*, f. 30.

³⁵ Joseph Vidal, *op. cit.*, ff. 58-59.

³⁶ Enfermedad contagiosa y muy penosa. Especie de tífus caracterizado por altas temperaturas, delirio y postración, manchas y fuertes erupciones en la piel.

³⁷ Joseph Vidal, *op. cit.*, f. 66.

³⁸ Juan de Castañeira, *Ne feribam... Epílogo metrico de la vida, y virtudes de el venerable padre Fray Sebastián de Aparicio Natural de la Gudiña (en Galicia) é Hijo de el Orden Seraphico en esta Provincia de el Santo Evangelio de México*. Con vn Compuesto de diversas Místicas Aromas para todos... Conceden ambas Señorías de México, y Puebla quarenta días de Indulgencias á los que lo leieren, Puebla de los Angeles, Diego Fernández de León, 1689.

³⁹ Joseph Vidal, *op. cit.*, f. 37.

⁴⁰ Bartolomé Letona, *Vida de Sor Jerónima de la Asunción*, Puebla, Impreso por la Viuda de Borja, 1662, en 4o.

⁴¹ Joseph Gómez, *op. cit.*, f. 18.

⁴² Manuel Ramos Medina, *op. cit.*, pp. 138-139.

⁴³ *Ibidem*, p. 152.

⁴⁴ Joseph Vidal, *op. cit.*, f. 37..

⁴⁵ Sobre este tema ver José Abel Ramos, "Los libros del siglo XVII", ponencia presentada en el coloquio "El arte en los tiempos de Juan Correa", Museo Nacional del Virreynato, INAH, del 18 de junio al 30 de julio de 1992; "Reglamento de la circulación de libros en Nueva España", *Del dicho al hecho... transgresiones y pautas culturales en la Nueva España*, México, INAH, 1989, pp.122-132. "La literatura prohibida en la Nueva España en el siglo XVIII", *Historias*, núm. 6, abril-julio de 1984, pp. 25-47.

⁴⁶ AGN, Ramo Inquisición, t. 581.

⁴⁷ *Ibidem*, t. 326.

⁴⁸ *Ibidem*, t. 339.

⁴⁹ *Ibidem*, t. 438.

⁵⁰ Francisco Losa, *La vida, que hizo el siervo de Dios Gregorio López, en algunos lugares de esta Nueva España. Y principalmente en el Pueblo de Santa Fee, dos leguas de la Ciudad de Mexico, donde fue su dichoso transito. Dirigida a Don Luys de Velasco Marques de Salinas. Presidente del Real Consejo de Indias, Virrey que fue en esta Nueva España dos vezes, y una en los Reynos del Pirí. Por el Licenciado Francisco Losa Presbítero, Cura que fue en la Yglesia Cathedral de México, México, Imprenta de Iuan Ruyz, 1613, en 8o.*

⁵¹ Ambrosio de Solís, *Memorias de el Siervo de Dios Gregorio López*. Escrivelas Ambrosio de Solis, Musico de esta Santa Iglesia. Ofrecelas al religioso zelo de la Illma. Cofradia de el Santissimo Sacramento, y caridad de esta Ciudad, siendo digno Rector de ella el Señor Don Diego de Villegas Cavallero de el Orden de Santiago, México, Iuan Ruyz, 1663.

⁵² Balthasar de Medina, *Vida de Fray Bernardo Rodríguez Lupercio, natural de México, Religioso Lego de la Santa provincia de San Diego de Religiosos Descalzos de N.P.S. Francisco*. La da á la estampa, y la dedica al Illustrissimo y Reverendissimo Señor Don Ivan de Pórras, Atienza y Toro, Obispo que fue de Zeuta, y oy de Coria: El Ldo. Dn. Antonio Rodriguez Lupercio, Presbytero, Escrivela, Fr. Balthasar de Medina, Calificador del Santo Oficio, Lector en Santa Theologia, Diffinidor habitual, y Comissario, Visitador que fue de la S. Gregorio de Philipinas, México, Uiuada de Francisco Rodríguez Lupercio, 1688, en 8o.

⁵³ Irving A. Leonard, *op. cit.*, p. 238.

⁵⁴ Francisco Pérez Salazar, *op. cit.*, pp. 31-39.

⁵⁵ Teresa Romero. Ver Solange Alberro, "La licencia vestida de santidad: Teresa de Jesús, falsa beata del siglo XVII", *De la santidad a la perversion. O de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, México, Grijalbo, 1986, pp. 219-237.

⁵⁶ Roger Chartier y Daniel Roche, "El libro. Un cambio de perspectiva", en Jacques LeGoff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 1980, p. 126.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 119-140.

⁵⁸ Joseph Gómez, *op. cit.*, f. 58.

